

En una de las reseñas publicadas con motivo de la presentación del anterior poemario de Daniel R. Moya, *Cambio de planes* (Visor, 2008) se afirmaba en la última parte de la misma, como conclusión, que el autor “es dueño de una voz que no se apaga al terminar de leer sus poemas, cuyo eco te acompaña sin necesidad de altavoces ni cajas de resonancia”. Tanto es así y tan cierta parece ahora esa afirmación, que Rodríguez Moya ha decidido -con gran acierto- titular su última entrega poética con un verso que bien puede ser una declaración de principios y un resumen de su trayectoria: *Las cosas que se dicen en voz baja*. El endecasílabo pertenece a uno de los poemas del libro, y en él se resume la labor y la intención de un poeta que presenta su quinto poemario, galardonado con el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Burgos en su última edición.

El libro se divide en cuatro apartados cuyos poemas han sido cuidadosamente elegidos en función de un tema que les da continuidad a través de las reflexiones del poeta, que no deja de lanzar preguntas dirigidas a un lector atento. Así, la primera parte se basa en el propio lenguaje como forma de entender el mundo, aludiendo a las diferentes formas de manipulación de la palabra hablada o escrita, de la perversión del lenguaje que nos presenta noticias cargadas de frases grandilocuentes y vacías de contenido que, en palabras del propio autor “las despojan de su sentido y terminan pareciendo su contrario”. Sirva el primer verso del primer poema del libro para iluminar lo afirmado: “Cuánto vale el acierto de una palabra justa.” Porque siempre ha habido un murmullo envolviéndolo todo, sigue diciéndonos, es necesario distinguir continente y contenido para evitar que los libros no respondan, para evitar caer en la desolación de una realidad que podría contenerse en estos versos: “Si estuvieran vacíos, / si fueran hojas vírgenes / en blanco sobre blanco, /-horizonte polar-/ no serían distintos.” Estamos obligados a lo efímero, sí, pero debemos esforzarnos en dar sentido no solo a lo que decimos, sino a lo que escuchamos o leemos para conseguir que las palabras no nos confundan.

La segunda parte del libro, *Apuntes para un retrato generacional*, se abre con el poema *La Bestia* (*The American way of death*), largo como el recorrido del tren que

cruza México cargado de inmigrantes centroamericanos y que hizo afirmar a José Emilio Pacheco que Daniel Rodríguez Moya “es ejemplo de una nueva poesía trasatlántica como no se veía desde hace un siglo, en los tiempos del modernismo”. Poco habría que añadir a las palabras del poeta mexicano, que saludó así la publicación del poema. En este retrato generacional de los nacidos al filo de los años ochenta tienen cabida el corazón de un hombre fusilado, la tumba de un desconocido, los niños de otras guerras lejanas que, como escribió Ángel González de la nuestra (en el fondo todas son la misma con distintas batallas): “...ha comenzado, / lejos -nos dicen- y pequeña / -no hay por qué preocuparse-, cubriendo / de cadáveres mínimos distantes territorios, / de crímenes lejanos, de huérfanos pequeños...”. Preguntarse aquí qué lleva a afirmar a un poeta joven “que igual que del pasado nada es mío / del futuro tampoco / quedará algo en mis manos.” sería objeto de otros debates menos poéticos y más largos que el presente, pero quede aquí constancia de las preguntas que es necesario hacerse, y de las respuestas que es urgente descubrir si queremos que el futuro no se quede sin luz y sin taquígrafos.

El libro avanza hacia la tercera parte, La mitad de lo que conozco, en la que los poemas que la componen dejan huella de lo vivido, de los viajes y de las compañías, de la profecía del fin del mundo incumplida y superada y de la memoria individual y colectiva que finalmente caben en un poema, al menos la mitad, mientras “Probablemente el resto no tengan importancia, / no sucedan nunca / o prefiera olvidarlas.”

Me gustan los poemas y me gusta la vida no es solo el título de la cuarta parte del libro, sino la afirmación que una niña enferma dejó escrita en un taller de poesía al que asistía de la mano de Ernesto Cardenal. Así deben ser expresadas las cosas importantes, con claridad, lo que nos lleva de nuevo al principio del libro y a la tesis que lo sostiene, que el lenguaje debe servir para afirmar y para hacer este mundo más comprensible y no para enredarnos en frases ampulosas que escondan la verdad o disfracen la realidad. Con ese propósito de reivindicación, Rodríguez Moya trae aquí su experiencia más cercana y sus paisajes más queridos que van desde la infancia

revivida a través de las nuevas generaciones al aprendizaje adquirido al lado de quienes reconoce como sus maestros.

Porque nos gusta la poesía y nos gusta la vida, nos gustan y recomendamos los poemas en los que Daniel Rodríguez Moya celebra ambas cosas, en voz baja, pero con la seguridad del camino recorrido.

Javier Bozalongo

4 de abril de 2013